

# El Espíritu Santo en la adoración<sup>1</sup>

## Introducción

**Y**a se ha completado el estudio de los principales constituyentes de la adoración cristiana en público. La principal fuente de información ha sido la vida y la experiencia de la iglesia apostólica que se refleja en las páginas del NT. El modelo que emerge allí, a veces sólo en embrión, creció y se desarrolló a través de los siglos de la historia de la iglesia, y se han delineado algunos acontecimientos importantes de paso. Ahora hay que mirar atrás, y en tres capítulos finales presentar ciertas evaluaciones, en parte para tratar la esencia de las pruebas de que se dispone, y también con respecto a la importancia práctica de esa evidencia para la vida de la iglesia hoy en día.

Tal vez el lector recuerde que se comenzó aquí a apensar en la adoración cristiana con dos observaciones en lo concerniente a la esencia de la empresa que lleva ese nombre. La primera tiene que ver con el *carácter* esencialmente *teocéntrico* de la adoración, puesto que esta por la definición implícita es la *celebración y alabanza de Dios*. Con esta expresión se significa que la adoración comprende una actividad emprendida no principalmente para satisfacer las necesidades del adorador, ni para hacer que se sienta mejor como consecuencia directa, ni

<sup>1</sup> Sobre el tema de este capítulo véase J. J. von Allmen, "Worship and the Holy Spirit," *Studia Litúrgica* 2 (1963), pp. 124-135.

para ministrar a su gusto estético ni bienestar social. Todas esas nociones han penetrado al entendimiento moderno de la adoración y han tendido en grados variados a corromperla. Lo cierto es que lo opuesto de estos objetivos, al parecer dignos de elogio, puede resultar como consecuencia inmediata de la participación del cristiano en la adoración. Richard John Neuhaus expone esto sin transigir:

La celebración que llamamos adoración tiene menos que ver con la satisfacción de la búsqueda de la felicidad que con el abandono de la misma.<sup>1</sup>

Ni hay una garantía infalible de que se llegue a lograr jamás cualquiera de estos deseables fines. El objetivo del culto es la adoración de Dios por ser él quien es, pues él solo es digno de adoración y el "fin" de toda adoración. Se reconoce este reclamo que él hace de la adoración del cristiano en el lenguaje familiar del Catecismo de Westminster:

P. ¿Cuál es el fin principal del hombre?

R. El fin principal del hombre es glorificar a Dios, y disfrutarlo para siempre.

El camino hacia ese "fin" (como su término y propósito) bien puede llevar al cristiano a través de experiencias desagradables y amargas al entrar a depresiones de doloroso examen de conciencia, el darse cuenta de la condición pecaminosa, y el reto a abandonar las lealtades menores a instancias del más excelso de todos los llamados que le llegan al cristiano: "Sígueme." La senda de la adoración en su última aproximación al Dios Altísimo a menudo corre por medio del arrepentimiento y la renovación, un trauma introspectivo que puede lastimar al cristiano antes de promover su sanidad final. Pablo sabía que el proceso doloroso del arrepentimiento a veces no se puede evitar, sino que es parte del logro de un fin deseado (V 2 Co 7:10 para la referencia a una carta que le costó mucho al escritor [2 Co 2:4s.] y lastimó a los lectores corintios en camino a la recuperación completa). Los versos de T. S. Eliot vienen a la memoria:

<sup>1</sup> R. J. Neuhaus, *Freedom for Ministry* (Nueva York/San Francisco: Harper and Row, 1979), p. 126.

El cirujano al cortar usa el acero  
Que recusa la parte dolorida;  
Bajo las manos ensangrentadas sentimos  
La compasión aguda del arte del sanador  
Resolviendo el enigma de la gráfica de la fiebre.<sup>1</sup>

La segunda observación que se presentó antes es que como Dios es "apto de ser alabado" y "digno", la persona que se dirige a él querrá *ofrecer lo mejor* desde la perspectiva de un "sacrificio de alabanza" (Heb 13:15) que hace demandas y representa lo mejor que él tiene para ofrecer. Esto no es, por supuesto, un deseo pelagiano de agradar a Dios con las propias fuerzas o ganar su aprobación sólo con "lo mejor de uno" como si se pudiera, si fuera necesario, influir en Dios para que actuara a favor nuestro. El llamado a la atención y entrega de sí de todo corazón (oído en Sal 96:8: "Traed ofrendas, y venid a sus atrios") subraya la intención seria del verdadero adorador quien, mientras confía completamente en la gracia y la compasión divinas, sabe que sólo la consagración completa a Dios de veras se compara al grado de gratitud y aprecio con los cuales se reciben sus dones. Por lo menos este elemento forma parte de lo que comprende la adoración "en espíritu y en verdad" (Jn 4:24); y el versículo anterior dice que el Padre busca tales practicantes serios de la adoración.

Al enfrentarnos a esas varias facetas complementarias de la adoración (Dios es santo, pero busca la comunión de los creyentes; Dios es grande, pero de alguna manera lo enriquece la alabanza; Dios es amor, pero desea que los cristianos reconozcan, disfruten y compartan su amor), se presenta al creyente una tarea trascendental. ¿Cómo se puede ofrecer a Dios un sacrificio que le agrada? ¿Cómo se puede aspirar a ser solemne y alegre en su presencia, pues su santidad requiere un sentido debido de temor reverente, y su gracia libra al creyente de temores y ansiedades? La descripción de Dios de R. Otto como *mysterium tremendum ac fascinans* (un misterio que a la vez

<sup>1</sup> *The Four Quartets*, East Coker, II. 147ss.

aterra y atrae) sencillamente pone las dos características paradójicas una al lado de la otra.<sup>1</sup> En sentido práctico, el dilema de la adoración es saber unir lo solemne y lo gozoso, recordando que solemne no significa plañidero, pues Dios no está muerto y Jesús es el Salvador resucitado, y que gozoso no es otra palabra para impertinente, pues Dios es santo y Jesús es Señor. De alguna manera hay que establecer un equilibrio entre el acceso a Dios que fatalmente yace en la dirección de ser demasiado sombrío y rígido, y una aproximación cuya senda está iluminada con sonrisas incesantes y equipara la adoración con una afabilidad que no se siente.

#### *El Espíritu es la respuesta*

¿Cuál es la pregunta? El dilema de la adoración lo propone la incapacidad del creyente de reunir, cuando se le abandona a sus propios artificios y recursos, el requisito doble que se encuentra en el fondo de la celebración cristiana. Las necesidades primordiales del creyente son enfocarse a Dios que domina toda clase de vida, y ser liberado del egocentrismo que es la plaga de la condición humana. La fórmula de Westminster declara el ideal elevado: "Glorificar a Dios y disfrutar de él para siempre," mientras Lutero como teólogo de la gracia conoce su vida interior tan bien que puede identificar el predicamento humano exactamente como el corazón "encorvado en sí" (*incurvatus in se*). Esta "encorvadura" que "convierte todos los dones [de Dios] en veneno"<sup>2</sup> o los usa para el engrandecimiento egoísta y el orgullo arrogante significa que uno no puede, ni quiere, adorar a Dios por quien es en sí, sino que busca refugio en el "uso" de la adoración para sus propios fines. "¡Acompáñenos en la adoración! ¡Usted se sentirá mejor así!" proclama el tablero de avisos de la iglesia, según el informe de Neuhaus.<sup>3</sup> Sin embargo, la promesa anunciada es engañosa, como se ha visto, pues ofrece más de lo que puede dar, y si lo lograra, todavía

<sup>1</sup> R. Otto, *The Idea of the Holy* (Londres: Oxford Univ. Press, 1923).

<sup>2</sup> Benjamín Drewery en *A History of Christian Doctrine*, ed. H. Cunliffe-Jones (Edimburgo: T. and T. Clark, 1978), p. 325 sobre la frase de Lutero tomada, a la vez, de sus *Conferencias sobre Romanos*, Weimar ed., tomo 56, p. 356.

<sup>3</sup> R. J. Neuhaus, *Freedom*, p. 123.

fracasaría. La adoración toma su significado auténtico cuando Dios está en su fondo, y los intereses egoístas y preocupaciones exigentes se mantienen bajo el control debido. Lo que el adorador necesita por encima de todo es el nuevo acuñamiento de la moneda devaluada que capacite la adoración para brillar con luz propia, como un ejercicio calculado para dirigir al creyente, sin equivocarse, a Dios, y permitirle considerar todo lo demás *coram Deo*, como Dios lo ve. *Exactamente en este punto se necesita al Espíritu*. El es la respuesta a la agenda de adoración de la iglesia, pues él solo puede guiar al pueblo de Dios a su fuente verdadera de estar en el señorío de Dios como el factor central de su vida, y puede apartar al creyente de los caminos y obras egoístas hacia el "lugar" desde el cual se disfruta de la perspectiva con relación a Dios. Tal ministerio del Espíritu Santo es lo que Pablo tiene en mente cuando afirma: "En espíritu servimos a Dios" (Fil 3:3).

La pregunta que queda pendiente es: ¿Cómo lo hace el Espíritu? A ese asunto se dedica el resto del capítulo.

#### *El Espíritu Santo en acción*

1. *El Espíritu promueve e inspira la confesión cristiana de fe salvífica*. Como prefacio a esta rúbrica hay que admitir que los oficios del Espíritu Santo en la iglesia están organizados, en el ambiente del Nuevo Testamento, sólo de modo flojo; no hay una declaración sistemática. La tarea aquí es reunir los varios hilos que cuelgan de una cantidad de pasajes, con la esperanza de tejerlos para hacer un tapiz.

La impresión general que se obtiene al hacerlo es que los primeros cristianos tenían una consciencia vívida de la presencia y el poder del Espíritu, y su adoración (para usar la frase expresiva de W. C. van Unnik) se mantenía dentro del "campo magnético del Espíritu Santo."<sup>1</sup> La primera observación emerge directamente de esa descripción pintoresca, aunque los detalles precisos sean un poco oscuros. Se comienza con un texto bíblico bien conocido:

<sup>1</sup> W. C. van Unnik, "Dominus Vobiscum: The Background of a Liturgical Formula," en *New Testament Essays in Memory of T. W. Manson*, ed. A. J. B. Higgins (Manchester: University Press, 1959), p. 294.



Sabéis que cuando erais gentiles, se os extraviaba llevándoos, como se os llevaba, a los ídolos mudos. Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo.

1 Corintios 12:2,3

El contexto del escrito de Pablo es el del ejercicio de los dones espirituales (gr. *carismata*, v. 4) en la iglesia, y es probable que el grito de "Jesús es Señor" hizo eco primero en una reunión de adoración congregacional, cuando en Corinto también se oía la expresión de "Jesús es anatema". Obsérvese que Pablo comienza la descripción recordando las costumbres paganas de sus lectores, cuando eran llevados al culto de las deidades que Pablo el hebreo consideraba "muertas" y "sin vida" ("no hablan" dice en Salmo 115:4-8). Hay que inquirir lo que se puede aprender acerca de las circunstancias culturales e históricas en las cuales tal serie de exclamaciones, "Jesús es anatema" / "Jesús es Señor", se podrían comparar eficazmente en un contexto donde se afirma la inspiración del Espíritu para ambas. Se han hecho varias sugerencias, cada una con admisibilidad variada y ofreciendo una contribución distintiva al tema.

a) La manera como Pablo se refiere de modo retrospectivo (v. 2) a la experiencia pre-cristiana de los corintios insinúa que el anatema invocado contra Jesús provenía de parte del mismo entusiasmo desenfrenado que los lectores conocían cuando se les "llevaba" (verbo fuerte) a un culto coribántico como el que describe Eurípides en las *Bacanales*. (El argumento de Pablo corre aquí paralelo al recurso semejante de Gálatas 4:8-9). Lo que se ve es una escena donde los entusiastas corintios se han dejado imbuir del "espíritu" (semejante a los devotos de la religión de Cibeles o el culto de Dionisio) tanto que expresan sentimientos tales como "Jesús es anatema", que Pablo sólo puede rechazar como indignos y completamente equivocados.

Quizás también, como W. C. van Unnik ha sostenido,<sup>1</sup> ellos

<sup>1</sup> W. C. van Unnik, "Jesus: Anathema or Kyrios (1 Cor. 12:3)", en *Christ and Spirit in the New Testament. In Honour of C. F. D. Moule*, eds. B. Lindars y S. S. Smalley (Cambridge: University Press, 1973), pp. 113-126.

tenían una idea desproporcionada de la cruz cuyo mensaje Pablo predicaba. Al oír las nuevas de que Jesús había muerto la muerte del pecador y llevado la maldición divina (como en Gá 3:13), imaginaban que eso tenía suma importancia y era la única verdad salvadora. Pablo les reprocha que abracen esa media verdad, y pasa a insistir que el señorío de Cristo, atestiguado en la resurrección, es lo que cuenta en realidad (como en Ro 10:9-10); pero hay algunas dificultades residuales en estas interpretaciones.<sup>1</sup>

Lo máximo que se puede decir acerca de esas ideas es que Pablo confrontaba una situación de entusiasmo desenfrenado en Corinto, y su reacción fue apelar al Espíritu Santo para restringir el éxtasis exuberante y excesivo que pretendía tener su origen en el "Espíritu". Él inserta la advertencia de que Dios no es autor de desorden y confusión en el culto de la asamblea (1 Co 14:33).

b) Otra manera influyente de entender la escena de 1 Corintios 12:1-3 es la de Oscar Cullmann.<sup>2</sup> Él ve el problema como una cuestión de testimonio en juicio, apelando a la posterior confrontación entre el magistrado romano y Policarpo, el obispo cristiano de Esmirna. La prueba era si el anciano diría "Cristo es anatema" o no, al reconocer que César era señor; y su *Martirio* cuenta la historia heroica de su fidelidad puesta a prueba. El Espíritu Santo ayudó así al testigo y le dio la fortaleza para confesar a Cristo con valor, y no renunciarlo para obtener la libertad. En esta interpretación, se recurre a los dichos de Jesús que prometió el Espíritu para ese preciso fin

<sup>1</sup> Se mencionan en R. P. Martin, *The Family and the Fellowship: New Testament Images of the Church* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans; Exeter: Paternoster Press, 1980), p. 129.

<sup>2</sup> O. Cullmann, *The Earliest Christian Confessions* (Londres: Lutterworth Press, 1949), pp. 28ss. Una variación de esta opinión es la de J. D. M. Derrett, "Cursing Jesus (1 Cor. xii.3): the Jews as Religious 'Persecutors'", *NTS* 21 (1975), pp. 544-554. Derrett arguye que la fórmula "Jesús es anatema" se desprende del contexto de la persecución judía de los cristianos.

S. Kim, *The Origin of Paul's Gospel* (Tübingen: J. C. B. Mohr, 1981), p. 50, considera la frase como una indicación de que esta maldición contra Jesús era parte de la actividad represiva de Pablo cuando él perseguía la iglesia según la interpretación de él de Deuteronomio 21:23.

(Mr 13:11; Lc 12:11-12). La dificultad principal aquí es que no hay evidencia de persecución levantada contra la iglesia de Corinto, aunque es cierto que a Pablo y a otros los habían citado al tribunal del magistrado en Corinto, según el relato de Hechos 18:12-17.

c) Todavía otra explicación del ambiente de la exclamación "Jesús es anatema / Señor" es corriente.<sup>1</sup> Esta opinión propone que la maldición de Jesús tiene relación con la figura terrenal desdeñada por los cristianos gnósticos de Corinto; se supone que usaban ese repudio del Jesús humano como contraste para poner su esperanza en el Cristo exaltado y celestial, y reclamaban el Espíritu como su posesión presente. Pablo replica que no es posible tal dicotomía, que sólo se puede conocer el Espíritu Santo en la unión de Jesús humano y Señor celestial entronizado, y que lo que se confiesa en la adoración reúne la experiencia presente del Cristo exaltado y el pasado histórico de lo que Dios hizo en el Jesús terrenal. Pablo quiere impedir que la adoración pierda el contacto con las realidades concretas, no sea que se pierdan en la bruma de la especulación etérea. Hay algo que puede decirse a favor de esta tercera opinión, pues la información en otras partes de la correspondencia con los corintios señala precisamente la presencia de tal separación gnóstica del pasado y el presente, y en particular respecto a los estados de existencia terrenal y exaltado (véanse 2 Co 5:1-10; 11:4). La réplica de Pablo está clara en una exposición de "la teología de la cruz" contra una creencia en la escatología realizada, que sostenía que la resurrección era una realidad presente y reducía al mínimo la esperanza del futuro de la iglesia (1 Co 15:12). La teología de Pablo del señorío actual de Cristo parte de la cruz (1 Co 1:18-21) y señala hacia "las arras" del Espíritu (2 Co 1:22; 5:5), cuyo testimonio interior debe siempre permanecer dentro de los límites de la experiencia puestos por el perdón de pecados y la reconciliación con Dios; y esa experiencia estriba sobre la muerte de Jesús por los pecadores (Ro 5:1-10; 2 Co 5:18-21).

<sup>1</sup> El exponente de mayor influencia es W. Schmithals, *Gnosticism in Corinth* (Nashville: Abingdon Press, 1971), pp. 124-135.

Tal vez no haya necesidad de escoger una de las interpretaciones anteriores con la exclusión de las otras para los fines de este capítulo. El Espíritu salvaguarda la adoración del cristiano de manifestaciones indecorosas e impropias que llevan sólo a la confusión y el desorden. Él inspira la confesión del señorío único de Cristo en las formas de credos que se han mencionado; y en el bautismo y los tiempos de prueba, al creyente se le conoce como alguien cuya vida está puesta bajo la autoridad real de Jesucristo. Ninguna esperanza de gloria futura, por más bien que se haya vislumbrado en la adoración, puede olvidar el camino de la cruz en este mundo, y la confesión del cristiano es la que une al Señor exaltado y al siervo humillado como igual y eminentemente dignos de alabanza, como en el "cántico a Cristo" (Fil 2:6-11). Carlos Wesley cautivó esas varias ideas en su noble estrofa, dirigida al Espíritu Santo:

Nadie puede decir de veras  
Que Jesús es el Señor,  
A menos que tú apartes el velo,  
E inspires la palabra viva;  
Entonces, sólo entonces, sentimos  
Nuestro interés en su sangre,  
Y clamamos, con gozo inefable,  
¡Tú eres mi Señor, y mi Dios!

Los cultos de adoración toman más significado cuando se enfocan a Dios cuyo designio lleno de amor se revela en Cristo crucificado y exaltado en gloria. La obra del Espíritu es hacer posible ese enfoque y fijar nuestra vista allí, ya sea que la tentación de apartarla venga en la forma de un emocionalismo prolífico, una llamada fuerte a la transigencia, o la espiritualización de la fe cuyo contacto con la historia se vuelve tenue. El Espíritu Santo es la gran salvaguarda contra todas esas tendencias; Él promueve el señorío de Cristo crucificado y vuelve a la iglesia peregrina a su única esperanza: "Jesús es el Señor", una confesión que hacemos a menudo cuando nos reunimos para adorar el día del Señor, con su presencia en medio de su pueblo.

2. Los oficios del Espíritu se ejercitan de las varias maneras

en que la adoración toma forma. Él vigoriza y controla las configuraciones variadas que contribuyen a formar todo lo que se entiende por liturgia cristiana. La lista siguiente indica las partes, principalmente por conveniencia, pues hay que recordar que la adoración cristiana es como una túnica sin costura, y cada una de las partes se ha de considerar dentro del patrón del todo. Sin embargo, lo más notable, aun cuando se dé la lista, es la prominencia del ministerio del Espíritu.

a) Él inspira a la iglesia a orar, ayudando a los creyentes en su debilidad (Ro 8:26-27) y, de modo misterioso que Pablo no se detiene a explicar, intercede por los cristianos, al parecer interpretando delante de Dios los secretos ocultos y peticiones no expresadas que se nos hace difícil de expresar con palabras.

La declaración anterior es la opinión generalmente aceptada de la doctrina de Pablo en Romanos ocho. La oración cristiana permanece "bajo el signo del no saber, de verdadera ignorancia, debilidad y pobreza, y que aun en sus oraciones, los cristianos viven sólo por la justificación que Dios da a los pecadores", que reciben la ayuda del Espíritu de Dios que los capacita (según dice C. E. B. Cranfield).<sup>1</sup> Sin embargo, Ernst Käsemann ha propuesto una manera diferente de considerar las palabras de Pablo aquí y ha puesto la enseñanza en la vena polémica.<sup>2</sup> En esta opinión Pablo está atacando una interpretación errónea de la glosolalia ("gemidos que no se pueden expresar con palabras", NVI) cuando se considera como la libertad de las cosas terrenales y la profesión de la espiritualidad avanzada de la iglesia. Pablo protesta que no es así. Las expresiones glosolálicas revelan el parentesco de la iglesia con el resto de la creación que gime con dolores de parto y la esperanza de la liberación final; necesitan un intérprete, como se les dijo a los carismáticos de Corinto; y los que claman de esa manera están extremadamente conscientes de su propia debilidad y redención que

<sup>1</sup> C. E. B. Cranfield, *The Epistle to the Romans*, The International Critical Commentary, tomo 1 (Edimburgo: T. and T. Clark, 1975), p. 422.

<sup>2</sup> E. Käsemann, *Commentary on Romans* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1980), p. 241. Pero véase A. J. M. Wedderburn, "Romans 8.26 — Towards a Theology of Glossolalia?" *Scottish Journal of Theology* 28 (1975), pp. 369-377.

todavía no se ha logrado. El Espíritu viene a rescatar a la iglesia en la adoración. Él es (solamente) el primer pago, o "las arras" (gr. *aparje*) de la salvación final, y actúa como intercesor e intérprete que se necesita para darle significado a la oración, así como la glosolalia en Corinto se restringía a la presencia de un intérprete acompañante que le diera sentido y significación (1 Co 14:13,26ss.). Los "gemidos que no se pueden expresar con palabras" son, por lo tanto, una señal de la suerte de la iglesia en este mundo y de su completa dependencia del Espíritu para formar un modo de adoración que le agrade a Dios. La fuerza polémica de Romanos 8:26s. se ve cuando se pasa a Romanos 12:1, donde Pablo presenta su corrección. Lo que agrada a la voluntad de Dios es un "sacrificio vivo" de toda la persona, ofrecido como "culto racional" y que incluya toda la vida social del cristiano en la iglesia y el mundo, como observa Colin Brown.<sup>1</sup>

Ya sea que el pasaje en consideración se haya de tomar en sentido positivo o polémico, el énfasis de Pablo permanece. La obra del Espíritu es hacer en primer lugar una realidad de tal invocación de Dios en petición y alabanza (pues no sabemos pedir como conviene), y entonces sigue un ejercicio significativo (por qué orar). La vida de oración se pone dentro de la órbita de la voluntad de Dios, y es la ayuda del Espíritu lo que se pide al hacer de la aproximación a Dios un medio del entendimiento y la realización de esa voluntad.

Pablo sabe bien que el Espíritu da vida y así coloca al creyente dentro de la familia y la comunión del pueblo de Dios (véanse 2 Co 3:6; Ro 8:2,11; Gá 5:25). Como parte de esa experiencia de "nueva vida en el Espíritu", los cristianos pueden lograr y disfrutar del acceso a Dios por medio de Cristo, el Hijo divino, y el ministerio vivificante del Espíritu. En un lenguaje que es implícitamente trinitario en su estructura y contenido, la declaración límpida de Efesios 2:18<sup>2</sup> expresa la convicción,

<sup>1</sup> C. Brown en *The New International Dictionary of New Testament Theology*, tomo 2 (Grand Rapids: Zondervan, 1976), p. 885.

<sup>2</sup> G. Wainwright, *Doxology. The Praise of God in Worship, Doctrine and Life* (Londres: Epworth Press; Nueva York: Oxford University Press, 1980), p. 91 comenta sobre Efesios 2:18: "Este versículo de Efesios expresa exactamente una forma clásica en la historia de la adoración cristiana."



arraigada seguramente en la experiencia cristiana ganada en la adoración:

Por Él [Cristo] nosotros [judíos y gentiles, ahora uno en el nuevo hombre, el cuerpo de la iglesia] tenemos acceso en un Espíritu al Padre.

b) En cuanto se puede juzgar, la adoración especialmente en las comunidades misioneras paulinas tiene tres aspectos. El elemento *carismático* era prominente.<sup>1</sup> Con este vocablo se expresa la ofrenda de alabanza y oración exuberantes y entusiastas bajo el aflujo directo del Espíritu Santo, con lenguaje comprensible (lo que Pablo llama "hablar . . . con mi entendimiento", 1 Co 14:19) o con expresiones extáticas (a lo que se refiere como el don de *glosolalia* [hablar en lenguas], Co 14:2,6ss.). Aunque Pablo no condena esta última costumbre, reconoce los aparentes peligros de exhibicionismo y falta de interpretación (1 Co 14:20-23). Él sabe con cuánta facilidad se puede perder el control de tal experiencia exaltada (1 Co 14:32-33). Advierte que no se debe permitir que este tipo de adoración predomine de tal manera que cancele el interés de la edificación de toda la congregación (1 Co 14:12).

Pablo, en efecto, pone controles a la *glosolalia* al canalizar el uso del don hacia el campo del tiempo devocional en privado del cristiano (está claro en 1 Co 14:2,18, donde se trata de la *comunidad personal* de Pablo con Dios usando "una lengua"). Sin embargo, cuando quiera que se pone en práctica el don en el culto en la iglesia (14:19,28) donde los creyentes se reúnen en asamblea pública (14:23,26) es un asunto diferente, y es evidente que la *glosolalia* entonces tiene un propósito diferente. Ya no se trata de una persona que le habla únicamente a Dios; más bien, es un mensaje dirigido a la congregación reunida. Así que debe haber una interpretación correspondiente para explicar la lengua y dar su significado claro y sencillo. La conside-

<sup>1</sup> Los libros, populares y técnicos, sobre el llamado "movimiento carismático" son abundantes. W. Hollenweger, *The Pentecostals* (Londres: SCM Press, 1972) es fundamental; pero el que tiene más relación con el tema de la adoración es el de Colin Buchanan, *Encountering Charismatic Worship* (Bramcote: Grove Books, 1977).

ración dominante es que todos deben ser edificados, no sólo el que habla en lenguas (14:5). La "interpretación" de la expresión esotérica es en sí un don del Espíritu (1 Co 12:10); y cuando la "lengua" y la "interpretación" van juntas se satisface la preocupación pastoral principal del apóstol: "A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para *provecho*" (1 Co 12:7), o "para el bien de todos"; y eso significa que "la iglesia reciba edificación" (1 Co 14:5).

La adoración congregacional en las iglesias paulinas también tiene su aspecto *didáctico*. Este vocablo cubre un ministerio amplio que incluye la palabra dada con el objeto de aclarar la voluntad de Dios a la gente. Se usan términos variados para mostrar con cuánta seriedad tomaba Pablo ese ministerio de instrucción y educación cristianas: la enseñanza o "doctrina" (1 Co 2:13; 12:8; 14:26; Col 3:16; cf. Ef 4:11; 1 Ti 3:2; 4:13; 5:17), la profecía (palabra que según 1 Co 11:4,5; 14:3,31 parece que significara lo que hoy día se llama predicación);<sup>1</sup> y el discernimiento de la verdad y la prueba del contenido de oráculos proféticos (1 Co 14:29; 1 Ts 5:21). La capacidad para hablar la palabra de sabiduría y ciencia, profetizar, y distinguir entre el mensaje profético genuino y la expresión espuria (véase 1 Jn 4:1) es un ministerio que se hace posible cuando las personas que lo practican están inspiradas por "uno y el mismo Espíritu" (1 Co 12:11). El Espíritu es el don de Cristo dado a la iglesia (Ef 4:7), y a través de Él se hace efectiva la concesión del ministerio por Cristo (Ef 4:11-12).

El modelo paulino de la adoración ponía un énfasis cada vez más fuerte en la enseñanza como parte integral del culto, y hay una línea de desarrollo que va de la "participación libre"<sup>2</sup> (1 Co 14:26) a una secuencia más ordenada y estructurada, como se verá. No obstante, los motivos de Pablo perma-

<sup>1</sup> Así interpreta el autor la conclusión de David Hill en *New Testament Prophecy* (Atlanta: John Knox Press; Londres: Marshall, Morgan and Scott, 1979), pp. 128-131. Todo el enfoque del capítulo cinco de Hill merece un estudio cuidadoso.

<sup>2</sup> Pablo bien puede haber desaprobado este tipo de adoración debido a los peligros de confusión y desorden que lleva inherentes (eso opinan A. Robertson y A. Plummer, *A Commentary on 1 Corinthians*, The International Critical Commentary [Edimburgo: T. and T. Clark, 1914], p. 320).

necen: el darse cuenta de la actividad del Espíritu en la enseñanza y la preparación de los creyentes, y su insistencia en "hágase todo para edificación" (1 Co 14:26) de la iglesia.

El tercer aspecto de la adoración congregacional es la alabanza, para la cual el vocablo *eucarística* conlleva el sentido exacto. Del verbo griego "agradecer" o "alabar", esta descripción se aplica igualmente a las oraciones de acción de gracias (a las que se hace referencia como "si bendices [a Dios] sólo con el espíritu", 1 Co 14:16), a oraciones generales de "acciones de gracias" (1 Ti 2:1-4), con un enfoque especial, es decir, "acción de gracias" por los alimentos (1 Ti 4:3-5), a himnos de alabanza inspirados por el Espíritu (Ef 5:19-20 = Col 3:16-17), y a la ocasión por excelencia cuando los creyentes se reúnen para celebrar con espíritu agradecido el festival de la redención a la mesa del Señor. En Corinto las rivalidades de partidos y la conducta egoísta empañaban las reuniones para la Santa Cena (1 Co 11:20). Nunca se lograba el propio objetivo que debiera haber alcanzado la reunión eucarística, es decir, una verdadera comunión (*koinonia*) entre los creyentes. Se frustraba el propósito de la edificación y el enriquecimiento mutuo dentro del cuerpo del Señor. Hasta tal punto no era posible la relación del Espíritu con la eucaristía, por la razón que Pablo había dado antes.

En 1 Corintios 10:16-17; 12:13, Pablo había sacado lecciones de la unidad del pan eucarístico y la unidad del cuerpo de Cristo para recordar a la iglesia dividida su lamentable condición. Por encima de todo, los corintios habían dejado de ver la conexión entre "un Espíritu" (en el cual se regocijaban) y el "cuerpo" único de la comunidad cristiana. El eslabón intermediario es el simbolismo de "un pan, una copa", que recuerda la manera como los cristianos tienen parte en el pan único, y han sido "regados" por el Espíritu único.<sup>1</sup> La fuerza del argumento paulino es un incentivo poderoso a la unidad cuyo foco es la mesa de comunión, en tanto que el Espíritu hace de su ocasión eucarística una realidad significativa. De lo contrario, queda la

<sup>1</sup> O bautizados, como ha sugerido recientemente G. J. Cuming, indicando que el verbo en 1 Co 12:13 significa precisamente eso ("Epotisthemen: 1 Corinthians 12.13", *NTS* 27 [1981], pp. 283-285).

triste conclusión: (a) la cena de comunión deja por completo de ser lo que se llama (1 Co 11:20; no es la Cena del Señor lo que se come; antes bien, los corintios sólo toman sus comidas de ágape con desprecio egoísta de los otros creyentes), y (b) lo más grave es que sus reuniones de adoración de veras hacían más daño que bien (11:17). Hay un "tema de juicio en los sacramentos" (título de C. F. D. Moule),<sup>1</sup> y toda clase de resultados malos fluyen de la causa "sin discernir el cuerpo del Señor" (11:29). Se ha supuesto que la última expresión se refiere a la especie eucarística que los corintios trataban como pan común; pero eso es improbable, dado el elevado valor de eficacia sacramental que los corintios ya habían demostrado (1 Co 10:1-13). Otros eruditos refieren la falta de los corintios en 11:29 a que le daban un aspecto mágico a los elementos y de esa manera desdeñaban la necesidad de la participación congregacional de la comida. Probablemente se debiera ver aquí una alusión al "cuerpo" (de 1 Co 10:17, en anticipación de 12:12-13), que es la iglesia. Lo que los corintios dejaron de discernir fue la unidad del Espíritu que la eucaristía se proponía promover e ilustrar. Había un fracaso masivo de la *koinonia* en Corinto y Pablo ofrece unos consejos fuertes para poner las cosas en orden. La falta de los corintios de discernir el "cuerpo" significa, en efecto, la negación de la acción unificadora del Espíritu. Con lo mucho que hablaban del Espíritu y sus afirmaciones de que eran "espirituales" (lit. "gente del Espíritu", *hoi pneumatikoi*, 1 Co 14:37), habían fallado lamentablemente al no ver al Espíritu Santo en la más obvia y reveladora de todas sus acciones, es decir, en traer al pueblo único de Dios a un lugar común de interés mutuo y cuidado abnegado de unos a otros, aun en la enfermedad y el luto (1 Co 11:30), a la única "mesa del Señor."

La conclusión, basada en el estudio anterior, lleva a un resultado importante. Cualesquiera que fueran las formas externas o expresiones de adoración, por lo menos en las iglesias gentiles fundadas por Pablo, la obra del Espíritu Santo estaba allí para promover el bienestar y mayor beneficio de todos los

<sup>1</sup> C. F. D. Moule, "The Judgment Theme in the Sacraments", en *The Background of the New Testament and its Eschatology*, eds. W. D. Davies y D. Daube (Cambridge: University Press, 1956), pp. 464-481.



miembros que participaban en el cuerpo en Cristo, y edificar el cuerpo en su verdadera unión y plenitud. La idea de la iglesia en adoración como la convergencia accidental en un lugar de una cantidad de individuos aislados que practicaban, en compartimentos sellados, sus propios ejercicios devocionales privados es expresamente foránea en la mente de Pablo. El cuadro mostrado así para condenación bien puede haber representado la idea de un conventículo gnóstico, quizás favorecido por los entusiastas corintios; pero es exactamente lo opuesto de la concepción de Pablo de "un cuerpo y un Espíritu".

3. El Espíritu *mantiene la adoración cristiana en el buen camino, de modo que no se pierdan ni los elementos que son personales de manera inalienable ni los que son distintivamente colectivos*. Se ha visto el ejemplo histórico de lo que salió mal en Corinto. Las nociones de la magia sacramental (en 1 Co 10:1-22) y el individualismo gnóstico (1 Co 14:26-40) plagaban a la asamblea corintia. Pablo combate esas ideas falsas con declaraciones precisas acerca de esos dos problemas.

Él se enfrenta a la confianza falsa en la eficacia sacramental con un recordatorio enérgico de la dimensión ética de la respuesta a la nueva vida en Cristo. Pide control, buen orden y un conocimiento claro de que la participación del cuerpo y la sangre de Cristo es una muestra de la consagración a las elevadas normas de la vida cristiana en la conducta personal y social. Aunque el Espíritu no se nombre de modo explícito a este respecto, su actividad nunca está lejos de la mente de Pablo, como se ve en Gálatas 5:16-26.

La otra aberración se relaciona con la práctica de la piedad individual que lleva tan fácilmente al egoísmo y la complacencia de los caprichos personales. La respuesta de Pablo es reforzar los intereses comunales (1 Co 14:26) en los cuales todos los miembros tienen una parte para desempeñar, pero no todos tienen la misma parte, así como no todos los cristianos tienen los mismos dones carismáticos (las preguntas de 1 Co 12:29-30 esperan la respuesta: "No, no todos practican estos dones [*carismata*]").

La teología pastoral de Pablo está en su pináculo cuando trata las situaciones delicadas que se relacionan con la iglesia

en la adoración. Dentro del marco de su insistencia en el buen orden, el decoro social, la sensibilidad con los otros cristianos, y el deseo de ofrecer un "culto racional", con la limitación de los excesos y cosas superfluas, que desfiguran la imagen de la iglesia como cuerpo de Cristo, están los asuntos controvertidos de 1 Corintios: el papel de las mujeres (1 Co 11:2-16; 14:33-35) y la presencia de los ángeles (1 Co 11:10). Parece que una preocupación dominante vincula ambos conjuntos de rúbricas de redacción extraña. Pablo, a todo costo, necesita mantener la adoración cristiana por esa vía estrecha donde ni pierde su elemento distintivo de "libertad en el Espíritu" y el gozo de la celebración del amanecer de la nueva era, ni cae en el embrollo del exceso bullicioso que se burla de todas las convenciones sociales, y permite que los cristianos imaginen que no tienen barreras, probablemente con la suposición errónea de que la nueva era ha llegado en su plenitud (1 Co 4:8). La saludable *vía media* es la senda paulina; y el Espíritu Santo ofrece dirección para impedir que los pies imprudentes se aparten demasiado a cualquier lado.

## Conclusiones

Ciertas observaciones generales pueden redondear debidamente este capítulo a la luz del terreno recorrido.

1. La centralidad de Dios en Cristo en la adoración cristiana representada en el Nuevo Testamento pone énfasis en la función del ministerio del Espíritu de capacitar al creyente para salir de la camisa de fuerza de la introspección emocional y las preocupaciones supersensibles con sus "sentimientos" en cualquier momento dado. Tal "liberación" le permite levantarse y entrar en la presencia de Dios por la contemplación de Él en su bondad, belleza y verdad y especialmente en sus actos redentores. Para ayudar al creyente a lograrlo está el "recordador" de Cristo, el Paracleto de Juan, o sea, el Espíritu divino (Jn 16:13-14).

2. La confianza del creyente en que el "ayudador" (un significado de *parakletos*) despierta en él el deseo de adorar dignamente significará que entonces querrá ofrecerle lo mejor que pueda. Eso implica la resolución de no observar de modo indi-

ferente, casual y mecánico el santo oficio de la alabanza.

3. Todos los dones del Espíritu Santo son personales, y eso recuerda que la *epiclesis* del Espíritu se comprende de modo más adecuado como su venida no a objetos (agua, pan, aceite) sino *a personas*. Él respeta nuestras personalidades hechas por Dios y para Dios. Por eso la verdadera adoración repudiará cualquier forma que sugiera la manipulación de la gente, el engatusamiento de ellos para que acepten lo que el sacerdote ofrece o el predicador dice, o el juego insalubre con las emociones, ya sea por medio de la vista o el oído.

4. Los dones carismáticos, que se derivan del Espíritu dentro de la congregación, no se imparten a una *élite* espiritual ni a una casta ministerial, ni a una asociación profesional de líderes, sino *a todo el cuerpo*. Este factor, redescubierto en la Reforma en la frase "el sacerdocio de todos los creyentes", da dignidad a la compañía de adoradores en el ejercicio de su función sacerdotal de ofrecer "sacrificios espirituales" (1 P 2:1-10). Su recordatorio también hace realidad en la vida de la iglesia moderna el cumplimiento de aquella promesa antigua de que Dios derramaría su Espíritu sobre toda la gente (Jl 2:28ss.; Hch 2:16-21).